4. EVANGELIO ARMENIO DE LA INFANCIA

Consta este apócrifo de veintiocho larguísimos capítulos en los que de manera redundante y monótona se van parafraseando episodios contenidos en el *Evangelio árabe de la Infancia* (reproducido anteriormente), o más bien en las fuentes *siríacas* que dieron origen a éste. El prototipo del texto armenio data posiblemente del siglo VI, en que el movimiento nestoriano procedente de Siria intentó echar raíces en Armenia, introduciendo muchas traducciones del siríaco. Del texto, tal como ha llegado hasta nosotros en dos redacciones y en manuscritos raros y tardíos, entresacamos algunos pasajes que ofrecen interés, bien por la originalidad del contenido, bien por la repercusión que hayan podido tener en la tradición posterior. Tales son los referentes a la concepción de Jesús «per aurem» (c.V,9), a los magos —que eran «tres y reyes, respectivamente, de Persia, India y Arabia»— (c.V,10) y al «Testamento de Adán», conservado entre los Persas, que fue lo que —según este apócrifo— puso a los magos en conocimiento del nacimiento de Jesús (c.X,10-11.22-23).

Texto armenio: I. DAIETSI, *Ankanon girkh Nor Ketakaranatz*, I [= Libros no canónicos del NT] (Venecia 1898) 1-235.

Bibliografía: P. PEETERS, *Évangiles Apocryphes,* II (París 1914) 69-286; Craveri, 149-213; Erbetta, I/2, 124-185; Starowieyski, 307-382.

EVANGELIO ARMENIO DE LA INFANCIA

Anunciacion

La Virgen sostiene una larga conversación con el ángel antes de dar su consentimiento. El episodio termina así:

V,8. ... Le dice el ángel: «¡Oh santa y dichosa Virgen! Escucha esta palabra y retén bien en tu alma lo que voy a decirte. Esto no es obra de hombre, y el acontecimiento de que te hablo no será provocado por él. Es Dios quien lo realizará en ti. Él tiene en sus manos poder suficiente para librarte de todas las angustias de la prueba». María responde: «Si es tal como dices y el Señor tiene a bien bajar hasta su sierva y esclava, hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

9. No bien hubo pronunciado la Virgen con toda humildad estas palabras, el Verbo de Dios penetró en ella por la oreja, y la naturaleza íntima de su cuerpo, con todos sus sentidos, fue santificada y purificada como el oro en el crisol. Quedó convertida en un templo santo, inmaculado, mansión del Verbo divino. Y en el mismo momento dio comienzo el embarazo de la Virgen. Pues la embajada del ángel portador de la buena nueva para María tuvo lugar el 15 de Nisán, que corresponde al 6 de abril, un miércoles a la hora tercia.

11. Y luego que la Virgen recibió el anuncio de su concepción por el Espíritu Santo, vio a los coros angélicos que le entonaban cánticos de alabanza. Esta visión la llenó de temor, al par que la inundó de gozo. Y luego, con la faz postrada en tierra, se puso a alabar a Dios, diciendo: «¡Oh Señor de mi alma y de mi cuerpo! Tú tienes el poder de dar cumplimiento a todos los deseos que te inspira tu amor creador y dispones libremente de todo según tu beneplácito. Dígnate ahora ser condescendiente con los ruegos de tu esclava. Escúchame y libra a mi alma, ya que eres mi Dios y mi Salvador y ya que tu nombre, ¡oh Señor!, ha sido diariamente invocado sobre mí. Hasta el día de hoy me he mantenido santa y pura, resuelta por vuestro amor, ¡oh Señor y Dios mío!, a conservar mi virginidad firme e intacta, sin admitir en mí ningún deseo de concupiscencia. Ahora hágase tu voluntad».

EVA Y MARÍA

IX,1. Y cuando José y Eva, nuestra primera madre, vieron aquello, se prosternaron con la faz en tierra y, dando gracias a Dios en voz alta, le glorificaron diciendo: «Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres, Dios de Israel, que me habéis realizado hoy con vuestra venida la redención del hombre; que me habéis rehabilitado de nuevo y levantado de mi caída y que me habéis reintegrado a mi antigua dignidad. Ahora mi alma se siente ufana, estremecida de esperanza en Dios mi Salvador».

2. Y, dicho esto, vio nuestra primera madre Eva que se elevaba al cielo una nubecilla partiendo de la cueva. Y por otro lado aparecía una luz centelleante que había venido a posarse ante el pesebre del establo. Y el niño se aplicó a los pechos de su madre para mamar, después de lo cual volvió a su sitio y se sentó. A vista de esto, José y nuestra primera madre Eva dieron, reconocidos, gloria a Dios y quedaron estupefactos de admiración ante los prodigios que acababan de tener lugar. Y decían: «En verdad que ¿quién ha oído jamás a nadie cosa semejante o ha visto con sus propios ojos prodigio parecido a este que acaba de realizarse?»

3. Y nuestra primera madre entró en la cueva, tomó al niño en sus brazos y se puso a acariciarle y a abrazarle con ternura, bendiciendo a Dios, porque el niño era extremadamente hermoso y tenía un semblante fascinador y resplandeciente, mientras que sus rasgos eran muy expresivos. Después lo envolvió entre pañales, lo depositó en el pesebre de los bueyes y salió de la cueva. Y de pronto vio a una mujer llamada Salomé, que venía de la ciudad de Jerusalén. Eva, nuestra primera madre, se le adelantó y le dijo: «Te doy una buena y feliz noticia: una tierna doncella acaba de traer un hijo al mundo sin haber conocido varón en absoluto».

LOS MAGOS

V,10. Y un ángel del Señor se apresuró a ir al país de los persas para prevenir a los reyes magos y ordenarles que fueran a adorar al niño recién nacido. Y éstos, después de caminar durante nueve meses teniendo por guía a la estrella, llegaron al lugar de destino en el momento mismo en que María llegaba a ser madre. Es de saber que a la sazón el reino de los persas dominaba sobre todos los reyes del

Oriente por su poder y sus victorias. Y los reyes de los magos eran tres hermanos: Melkon, el primero, que reinaba sobre los persas; después Baltasar, que reinaba sobre los indios, y el tercero Gaspar, que tenía en posesión el país de los árabes. Habiéndose reunido en conformidad con el mandato de Dios, llegaron en el momento mismo en que la Virgen llegaba a ser madre. Habían apresurado la marcha y se encontraron allí en el momento preciso del nacimiento de Jesús.

El capítulo X describe minuciosamente el viaje de los magos, su fastuoso cortejo y la llegada a Jerusalén. Herodes se intranquiliza y los llama a su palacio para que le den cuenta de sus intenciones. Ellos le manifiestan su propósito de adorar al rey recién nacido. Entonces Herodes les interroga:

X,10. «¿Quién os ha narrado lo que decís o cómo habéis llegado a saberlo?» Los magos respondieron: «Nuestros antepasados nos han legado un testimonio escrito de ello, que ha sido guardado con todo secreto y sellado. Y durante largos años, de padres a hijos y de generación en generación, se ha mantenido viva esta expectación, hasta que por fin ha venido a tener cumplimiento esta palabra en nuestros días, como nos ha sido revelado de parte de Dios en una visión que hemos tenido de un ángel. Ésta es la causa de encontrarnos ahora en este lugar que nos ha sido indicado por el Señor». Herodes dijo: «¿Cuál es la procedencia de este testimonio que tan sólo vosotros conocéis?»

11. Los magos respondieron: «Nuestro testimonio no procede de hombre alguno. Es un designio divino referente a una promesa hecha por Dios en favor de los hijos de los hombres y que ha sido conservado entre nosotros hasta el día de hoy». Herodes dijo: «¿Dónde está ese libro que sólo vuestro pueblo posee?» Los magos dijeron: «Ninguna nación, fuera de la nuestra, tiene noticia directa ni indirecta de él. Sólo nosotros poseemos un testimonio escrito. Porque has de saber que, después que Adán fue expulsado del paraíso y después que Caín hubo matado a Abel, el Señor dio a nuestro primer padre un hijo de consolación llamado Set, y con él le entregó aquella carta escrita, firmada y sellada de su misma mano. Set la recibió de su padre y se la transmitió a sus hijos. Éstos, a su vez se la retransmitieron a los suyos, y así fue de generación en generación. Todos hasta Noé recibieron la orden de guardarla con todo cuidado. Este patriarca se la entregó a su hijo Sem, y los hijos de éste la retransmitieron a sus descendientes, quienes, a su vez, se la entregaron a Abrahán. Éste se la dio a Melquisedec, rey de Salem y sacerdote

del Altísimo, por cuyo conducto llegó a poder de nuestro pueblo en tiempos de Ciro, rey de Persia. Nuestros padres la depositaron con toda clase de honores en un salón especial, y así llegó hasta nosotros, quienes, gracias a este escrito misterioso, vinimos de antemano en conocimiento del nuevo monarca, hijo de Israel».

22. Y el rey Melkon tomó el libro del Testamento que conservaba en su casa como legado precioso de sus antepasados, según ya dijimos, y se lo presentó al niño, diciéndole: «Aquí tienes la carta sellada y firmada por tu misma mano que tuviste a bien entregar a nuestros mayores para que la guardaran. Toma este documento que tú mismo escribiste. Ábrelo y léelo, pues está a tu nombre».

23. [El documento en cuestión, dirigido a Adán, estaba encabezado así]: «En el año seis mil, el día sexto de la semana (que es el mismo en que te creé) y a la hora sexta, enviaré a mi Hijo unigénito, el Verbo divino, quien tomará carne de tu descendencia y vendrá a ser hijo del hombre. Él te reintegrará a tu prístina dignidad por los tormentos terribles de su pasión en cruz. Y entonces tú, ¡oh Adán!, unido a mí con alma pura y cuerpo inmortal, serás deificado y podrás, como yo, discernir el bien y el mal».

TRAVESURAS DE JESÚS

XXIII,2. Jesús acostumbraba a conducir los muchachos hasta el brocal del pozo que surtía de agua a toda la ciudad. Y, cogiendo los cántaros de sus manos, los chocaba entre sí o contra las piedras y los arrojaba después al fondo del pozo. Y con esto los muchachos aquellos no osaban entrar en casa por miedo a sus padres. Jesús entonces se compadecía viéndolos llorar y les decía: «No lloréis más, que yo os devolveré vuestros cántaros». Después daba órdenes a los raudales de agua, y estos arrojaban de nuevo los cántaros intactos a la superficie. Cada uno cogía el suyo y se marchaban a sus hogares contando a todo el mundo los milagros de Jesús.

3. Otro día se los llevó de nuevo consigo y les hizo acampar a la sombra de un árbol gigantesco. Dio entonces órdenes a éste de inclinar su ramaje y subió y se montó encima. Después le mandó que se enderezara, y él se elevó, dominando así todo aquel paraje. Jesús se mantuvo allí una hora, hasta que los demás muchachos empezaron a gritar, diciéndole: «Manda al árbol que se incline para que podamos subir contigo». Así lo hizo Jesús y les dijo a ellos: «Venid de

prisa junto a mí». Y se subieron llenos de gozo a su lado. Poco después mandó Jesús al árbol que inclinara de nuevo su ramaje. Y, después que todos hubieron bajado, el árbol recobró su posición ordinaria.

TEMORES DE MARÍA

XXV,7. ... María le dijo: «Hijo mío, como todavía no eres más que un niño y no una persona mayor, temo no te vaya a suceder alguna desgracia». Jesús respondió: «Tus temores, madre mía, no son del todo razonables, pues yo sé muy bien todo lo que debe acontecer».

María dijo: «No tengas pena por esto que acabo de decirte, pues estoy rodeada de fantasmas y no sé qué hacer». Jesús preguntó: «¿Y qué es lo que piensas hacer conmigo?» Le dice María: «Esto es lo que me tiene preocupada: que hemos puesto sumo empeño en que aprendieras durante tu infancia todos los oficios, y hasta ahora no has hecho nada en este sentido ni te has prestado a nada. Y ahora que ya te has hecho mayorcito, ¿qué prefieres hacer o cómo quieres pasar la vida?»

8. Al oír esto Jesús, se indignó en su interior y dijo a su madre: «Has hablado muy inconsideradamente. ¿Es que no entiendes las señales y prodigios que hago ante ti, y que tú puedes ver con tus propios ojos? Aún no me das crédito después de tanto tiempo que estoy viviendo contigo. Observa mis milagros, considera todo lo que *he hecho y ten paciencia durante algún tiempo hasta que veas reali*zadas todas mis obras, pues mi hora no ha llegado aún. Mientras tanto, mantente fiel a mí». Y en diciendo esto, Jesús salió apresuradamente de casa.

JESÚS Y LOS SOLDADOS

Jesús, deseoso de mostrarse al mundo, encuentra a dos soldados riñendo. Éstos le ven sentado tranquilamente junto a un pozo, y uno de ellos le dice:

XXVIII,2. ... «Niño, ¿de dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Cómo te llamas?» Jesús respondió: «Si te lo digo, no serás capaz de comprenderme». Le preguntó de nuevo el soldado: «¿Viven todavía tu padre y tu madre?» Jesús respondió: «Efectivamente: mi Padre vive y es in-

mortal». Replicó el soldado: «¿Cómo? ¿Inmortal?» Y Jesús dijo: «Sí; es inmortal desde el principio, y la muerte no tiene poder sobre él». Dijo entonces el soldado: «¿Quién es este que vivirá siempre y sobre el que la muerte no tiene poder alguno, ya que dices que tu Padre tiene asegurada la inmortalidad?» Respondió Jesús: «No serías capaz de conocerle ni de tener una idea aproximada de él». Dijo el soldado: «¿Quién puede verle?» Jesús respondió: «Nadie». Preguntó el soldado: «¿Dónde está tu Padre?» Jesús respondió: «En el cielo, por encima de la tierra». Dijo el soldado: «Y tú, ¿cómo vas a poder ir junto a él?» Respondió Jesús: «Ya he estado allí y aun ahora estoy en su compañía». Replicó el soldado: «No soy capaz de comprender lo que dices». Dijo Jesús: «Es que esto es inefable e inexplicable». Preguntó el soldado: «¿Quién, pues, puede entenderlo?» Respondió Jesús: «Si me lo ruegas, yo te lo explicaré». Dijo entonces el soldado: «Dímelo, Señor, te lo pido».

A continuación el Señor le explica su generación eterna del Padre y su generación temporal en el seno virginal de María. Después arregla su contienda y se despide, con lo que termina el apócrifo.